

Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاهر بيبرس



Del “Roman de Baibars”

I -Las infancias de Baibars

Capítulo 15

15 – Los ruines campesinos del Sanamên

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 17-06-2016
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

15 – “LOS RUINES CAMPESINOS DEL SANAMÊN”



Escuchad ahora lo que sucedió y rogad por el más noble de los mortales – que la oración y bendición de Dios sean sobre él cada vez que escriba la pluma.

Un día en que Baïbars estaba sentado junto a su madre Dama Fâtme, ésta le dijo que tenía que ir al zoco a hacer unas compras.

- Iré yo mismo –se dijo-, eso me distraerá.

Así que se fue, y al regresar, vio a cinco campesinos sentados a la puerta del palacio. Iban tocados con unos turbantes enormes como calabazas; eran los ancianos de alguna aldea. Andaban torciéndose las manos mientras decían:

- No hay poder y fuerza sino en Dios, el Todopoderoso, el Altísimo. De Dios somos y a Él volveremos. Que Dios, según decreto, nos coloque entre los que perseveran. Quien siembra recoge, quien no lo hace, nada cosecha.

Ante estas palabras, Baïbars se emocionó y se compadeció de ellos.

Sintió piedad por esta gente, ya que él pertenecía a un alto linaje, nacido de nobles ancestros y guerreros.

- ¿Quiénes sois, buena gente, y qué os ha traído hasta aquí? ¿Qué os sucede?

- Señor -respondieron-, somos los ancianos de una aldea llamada El-Sanamên, de la que una mitad pertenece a Dama Fâtme, y la otra a un Señor franco de la ciudad de Safad, que se llama Sarjawîl El-Mahrî. Sir Sarjawîl ha dado semillas a sus aparceros, y ya las han sembrado; pero a nosotros, Dama Fâtme, no nos ha dado nada. El tiempo ha pasado; el que sembró, sembró, y nosotros nos hemos quedado con los brazos caídos. Esta es nuestra historia.

- Por favor, entrad -les dijo Baïbars-, y no os preocupéis más; el Creador –alabado y exaltado sea proveerá- ¡de aquí a mañana todo se va a arreglar! Esta noche sois mis invitados y mañana, si Dios quiere, os daré todo lo que necesitéis.

- ¡Que Dios te reconforte el corazón, monseñor, y que jamás se nos prive de tu presencia!

Entraron al palacio y pasaron la noche en el ala de los huéspedes. Se les llevó de cenar, comieron y se regocijaron por ello. Esa noche, Baïbars durmió en casa de su madre; se levantó por la mañana, hizo las abluciones y la oración de la aurora sin olvidar sus preces. Después recitó un fragmento del “sublime Corán” y terminó con la Fâtiha, que dedicó al mayor de los Enviados y ejemplo para los hombres piadosos. Luego, se tomó su café, desayunó y se fue en busca de los campesinos. A su llegada se levantaron para saludarle; pero les hizo sentarse. Se acomodaron cabizbajos. Baïbars, se volvió hacia ellos y les dijo:

- Decidme, buena gente, ¿cuántas semillas y grano necesitáis?

- Nos hace falta tanto y tanto -respondieron.

- ¡Bien! –dijo Baïbars, y en el acto les proporcionó con qué comprar la semilla y el grano que habían pedido.

- Marchad a sembrar -les dijo-, y rogad a Dios. Mantened siempre puras vuestras intenciones y os aseguro que Nuestro Señor no os olvidará. Pues según os comportéis así se os recompensará. Y cuando llegue el tiempo de la cosecha, os mandaré a un inspector y a un repartidor que os tratarán con equidad.

- De acuerdo -dijeron los campesinos-, se hará según tus deseos¹.

Partieron, cada cual por su lado, después de desear una larga vida a Baïbars. Éste, tras la marcha de los campesinos, entró en casa de su madre, Dama Fâtme, y le contó cómo había procedido con los ancianos de la aldea de El-Sanamên, dándoles grano y semillas. Después de escucharle, Dama Fâtme le dijo:

- Hijo mío, has cometido un gran error porque esa gente es una malnacida y no conoce el honor. Todos los años yo les daba semillas y grano, y en la estación de la cosecha les enviaba a un inspector y repartidor a los que no les entregaban nada, diciéndoles: este año no ha habido una buena cosecha por culpa de la sequía. De modo que mis hombres volvían con las manos vacías. Y así año tras año. Han colmado mi paciencia hasta tal punto, que no les he vuelto a dar nada de nada, y he perdido todo interés por esa aldea y por sus cultivos a causa de esa gente...

- En este año de gracia -dijo Baïbars-, les he dado semillas y cuando llegue el tiempo de cosecha, iré allí personalmente y les demostraré con qué leña me caliento.

¹ Aquí el texto dice, literalmente: “sobre la cabeza y el ojo”, expresión árabe muy frecuente, pero que he preferido sustituir por una fórmula más parecida a la que se utiliza en castellano para asegurar que se cumplirán las órdenes dadas.

- Temo por ti, hijo mío, porque esos son una banda de agitadores que comen a costa del Estado. Ni siquiera el gobernador puede hacer nada contra ellos, ya que esa gente se beneficia de la protección de Sarjawîl El-Mahrî.

- El Señor proveerá -respondió Baïbars-; ningún mal puede alcanzar al que Dios protege.

Y pasaron los días nublados y lluviosos, siguiendo el ciclo fijado por el Eterno. Y un día en que Baïbars estaba sentado a la puerta de su palacio, fue a su encuentro uno de los campesinos de Sanamên y le dijo:

- Monseñor, ya ha llegado el tiempo de la cosecha; envíanos a un agente para repartirla.

- De acuerdo -dijo Baïbars-. Ve a saludar a los ancianos de la aldea de mi parte, y diles que mañana vuestro Señor les enviará a alguien.

El campesino se marchó. Baïbars se volvió hacia donde estaban Ahmad Agha, hijo de El-Aqwâssî, y sus cinco compañeros, y les dijo:

- Vamos a tener que ir todos juntos a la aldea de El-Sanamên.

- Buen muchacho -le respondieron-; nosotros conocemos de sobra a la gente de esa aldea, son unos agitadores turbulentos y, en nuestra opinión, tú no conseguirás hacer nada contra ellos. No podrás enfrentarte, ni te darán un solo grano de la cosecha. O, quizá, no se atrevan a rechazarte y te entreguen menos que nada, y, si insistes, te matarán sin escrúpulos, a menos que salgas de Damasco a la cabeza de un ejército y reconquistes la aldea de El-Sanamên; quizá de ese modo podrías obtener alguna cosa.

- Eso es justo lo que voy a hacer -dijo Baïbars-, y si le place a Dios, el Altísimo, no les dejaré comerse mis bienes ante mis ojos. Quiero que me reunáis doscientos jóvenes damascenos; se les ha de equipar, vestir y alimentar a mi costa, y les daré una moneda de oro al año.

- ¡Tus palabras son órdenes! -le dijeron.

Y se fueron a buscar unos reclutas entre los maleantes y haraganes de la ciudad hasta reunir a doscientos mozos jóvenes; ¡una buena tropa de vagos e inútiles!

Baïbars dio una moneda de oro a cada uno; hizo que les trajeran ropa nueva y armas, y los equipó de pies a cabeza. Luego les arengó de este modo:

- Voy a llevaros a atacar la aldea de El-Sanamên, preparaos y demostrad que sois hombres.

- ¡Por ti entregaríamos hasta nuestras almas! ¡Que jamás tu enemigo pueda reírse de tu desgracia!

Baïbars pasó a casa de Dama Fâtme y le expuso sus planes, a lo que la Dama repuso:

- ¡Ve, y que Dios te facilite las cosas y guíe tus pasos! ¡Que tu enemigo se convierta en amigo!

Luego le proveyó de tiendas de campaña para los soldados y de un pabellón de gran valor para él. Porque... como ya habíamos comentado, Dama Fâtmeb tenía de todo y en abundancia, pues había estado casada con siete visires.

Baïbars y su tropa montaron a caballo sin olvidarse de llevar cocineros, portaestandartes y mozos de cuerda para levantar las tiendas, así como tamborileros. Musa El-Sindi cabalgaba en cabeza, rodeado de sus hombres; detrás de él iba Sâleh El-Qanawâtî, con su grupo, así como Abu Bakr El-Jardaânî, con el suyo. Ibrahim El-Jannîn iba con sus hombres, y junto con Ali Jayyâta, cubrían los flancos de la columna. El grueso de la compañía rodeaba a Baïbars, y en la retaguardia marchaba Ahmad Agha hijo de El-Aqwâssî, como lugarteniente general.

Todo el pelotón se puso en marcha y salieron de esta guisa de la mansión de Dama Fâtmeb, siguiendo todo recto hasta el palacio de Sharaf El-Dîn, gobernador de Damasco; que en ese momento estaba reunido con su Consejo. El gobernador, al oír la algarabía preguntó:

- ¿Qué pasa?

- Es Baïbars -le respondieron-, el mameluco de Dama Fâtmeb, que marcha hacia El-Sanamên...

- ¿Y a qué va allí, ese esclavo enmierda baños?

- Según él, va a supervisar el reparto de la cosecha, porque allí tiene aparceros.

- Y si sólo va para eso ¿qué necesidad tiene de marchar con todo un ejército, aporreando los tambores?

- Hace lo que le viene en gana porque es un crío mimado -respondieron al gobernador algunos de sus cortesanos- ¡y como Dama Fâtmeb tiene tanto dinero...!

- ¡Sólo Dios, Altísimo y Todopoderoso, posee la fuerza y el poder! –suspiró Sharaf El-Dîn¹.

Se asomó a una ventana del palacio y vio a Baïbars cabalgando entre su tropa, en un cortejo imponente. Arrojava a dos manos monedas de plata a los pobres, que rogaban por él diciendo:

- ¡Que Dios te conceda el triunfo sobre tus enemigos, oh Baïbars!

Ante ese espectáculo, Sharaf El-Dîn estuvo a punto de morir de rabia.

¹ En el Islam medieval, el derecho a hacerse acompañar por una fanfarria es un privilegio reservado únicamente a los altos dignatarios. El que lo haga un simple particular, como Baïbars, es pura y simplemente una usurpación, en teoría punible.

Baïbars continuó su viaje, salió de Damasco, pasando con su tropa por la Puerta de Allâh. Llegó a El-Assaleh y allí tomó el camino de El-Kisweh, en donde al llegar, los mozos de cuerda instalaron las tiendas y Baïbars durmió esa noche. A la mañana siguiente, partió al son de los tambores y se dirigió hacia la aldea de El-Sanamên. Al verle llegar con tal ejército, la gente de El-Sanamên se quedó impresionada y comenzó a temerle. La tropa levantó su campamento fuera de la aldea, sobre una colina que la dominaba. De nuevo, los mozos alzaron las tiendas, plantaron los estandartes y las banderas; izaron el pabellón de Baïbars, en el que se alojó con su séquito, y el resto del ejército pasó la noche en sus tiendas. En tanto, los cocineros habían instalado los hornos y dispuesto los calderos, y se afanaron con presteza en preparar la comida. Baïbars se fue a visitar los trigales, y vio que sus espigas eran gordas como ciudadelas. Envió a Ahmad Agha, hijo de El-Aqwâssî, a contar el número de gavillas. Al volver, se disponían a hacer los repartos cuando de repente llegó un aldeano que llevaba en la cabeza una bandeja repleta de comida, y en la faja que ajustaba su túnica transportaba panes de cebada y de mijo. Se acercó hasta donde estaba Baïbars y depositó la bandeja ante él: había un plato con huevos escalfados y una escudilla de leche cuajada.

- Eh, tú, ¿qué es eso? –preguntó Baïbars al aldeano.

- Vuestra cena, Señor, nuestra aldea es muy pobre.

Fue oír esto y nublársele la vista a Baïbars, que se levantó de golpe, agarró la bandeja y se la puso por sombrero al aldeano mientras le gritaba:

- ¡Fuera, traidor! ¿Te he pedido yo comida? ¡Largo, piérdete! Yo tengo de sobra, y de lo bueno lo mejor; gracias a Dios, no necesito nada.

- Ya lo sabemos -repuso el aldeano-, tú eres el mameluco de la pequeña dama, hija de El-Aqwâssî, y sin ella tú estarías ahora durmiendo en los cafetuchos y en los caravasares.

Ante tales palabras, Baïbars se enfureció y gritó a sus hombres:

- ¡Agarrad a ese traidor!

Se abalanzaron sobre el aldeano, le tendieron en el suelo y le administraron un buen centenar de bastonazos. Cuando acabaron, el campesino se levantó maltrecho y regresó cojeando a la aldea, en la que entró gritando ¡muerte al asesino! y profiriendo terribles maldiciones. Luego refirió a los ancianos del pueblo su desventura.

Entonces los ancianos se dijeron:

- Éste ha venido a buscarnos las cosquillas y no podemos hacer nada contra él. Lo único que nos queda es mandar a alguien a que avise a Sire Sarjawîl El-Mahrî para que nos libre de esta peste, porque si no va a correr el riesgo de perder toda la cosecha y de que nos jodan vivos. ¡Lo dicho! No hay más que hablar –dijeron.

Se fueron a acostar y a la mañana siguiente llamaron al maestro de escuela del pueblo para que escribiera una carta a Sarjawîl poniéndole al corriente de la situación y se la hicieron llegar con uno de sus hombres.

Sarjawîl estaba en el Consejo cuando apareció el aldeano y se presentó ante él. Se prosternó y le entregó la misiva. Sarjawîl la abrió, y leyó lo siguiente:

*“De los habitantes de Sanamên a Sire Sarjawîl El-Mahrî.
He aquí el objeto de nuestra misiva:
Ha llegado a nuestro pueblo, procedente de Damasco,
de parte de Dama Fâtme, hija de El-Aqwâssî,
un joven llamado Baïbars, acompañado de doscientos caballeros;
que pretende robarnos el grano y la cosecha.
Pedimos a Vuestra Excelencia que nos envíe una tropa
para salvar nuestros bienes de manos de ese opresor.
Ayer, apenas le habíamos dirigido la palabra,
cuando se puso a moler a palos a uno de los nuestros.
Te hemos enviado este mensaje para que estés al corriente.
¡Salud!”*

Y el narrador prosiguió de este modo:

Cuando Sarjawîl hubo escuchado el contenido de la carta, preguntó:

- ¿Pero quién se ha creído que es ese mierda de Baïbars para pretender quedarse con mis bienes; los bienes de Sire Sarjawîl El-Mahrî? Por mi fe, que aunque se tratara del mismísimo rey de los musulmanes, el rey¹ El-Sâleh Ayyub, no me amedrentaría, ese *kufurti kanâyes*².

Así que llamó de inmediato y a gritos, a su hijo Aksibo:

- *Figlione*³, llévate a trescientos patricios⁴ y a tu primo Aznito, como medidor del gran, y vete a hacer el reparto para la gente de El-Sanamên. Si alguien os opone resistencia, machacadle, sea quien sea.

- Bien -dijo Aksibo.

Subió con presteza a su montura, acompañado de los patricios y de su primo Aznito, en calidad de medidor del grano, y se dirigieron hacia El-Sanamên. A su llegada, todos los aldeanos salieron a su encuentro. Les acogieron triunfalmente y para honrarles, degollaron corderos y ovejas

¹ En lengua franca “roi”

² En lengua franca, de origen y sentido oscuro. Quizá pudiera traducirse como “ese canalla sinvergüenza”.

³ En lengua franca: “hijo” o “hijo mío”.

⁴ En stricto sensu, los patricios son dignatarios del ejército bizantino; pero aquí este término designa a los soldados francos en general.

que asaron y hornearon con manteca fundida de una excelente calidad. ¡Vaya! que así les mostraban su mejor hospitalidad. A la mañana siguiente, los ancianos de El-Sanamên mandaron a decir a Baïbars que viniera junto al pabellón de Aksibo, hijo de Sire Sarjawîl, para el reparto de la cosecha.

- Bien -dijo Baïbars.

Partió al momento, acompañado de su tropa, y se dirigió hasta el pabellón de Aksibo. Entraron, se saludaron y les sentaron frente al montón de trigo.

El hijo del Sire se dirigió a Baïbars:

- Efendi, queremos repartir con equidad la cosecha de trigo para que cada uno quede contento con su lote. Así que si no hay nada más que decir, empecemos.

Aksibo dijo a su primo Aznito:

- *Figlione*, coge tu medida y vete a repartir la cosecha, la mitad para nosotros, y la otra mitad, para Baïbars.

Aznito cogió la medida, comenzó por el primer montón y se puso a medir, mientras Baïbars le vigilaba y hacía el recuento al mismo tiempo que Aznito, pero pronto se dio cuenta de que cuando llegaba a las diez medidas, sólo anunciaba cinco, de tal modo que Aznito se quedó para sí con la mayor parte del grano, y no dejó en el suelo más que unas migajas.

Los aldeanos habían traído sacos nuevos que llenaron con el grano y cosieron, y sólo les faltaba transportarlos. Entonces dijeron a Baïbars:

- Ven a recoger tu parte.

Y el narrador continuó así:

Baïbars había permanecido silencioso e impasible todo el tiempo, pero cuando estaba llegando al colmo de su paciencia y ya a punto de estallar, le dijeron:

- Trae tus sacos y ordena a tu gente que venga a recoger la cosecha.

Baïbars respondió:

- ¿Dónde queréis que yo encuentre unos sacos? dádmelos vosotros.

- No nos queda ni uno, pues todos los hemos llenado con la cosecha del hijo de Sarjawîl.

- ¡Qué curioso -dijo Baïbars-, para él habéis tenido sacos, y para mí no os queda ninguno! ¿Pero es que no teméis al Altísimo? ¡Y pensar que yo fui generoso con vosotros!

- Pero tú qué te crees ¿que te tenemos miedo? –respondieron los aldeanos, que a la vista del hijo de Sarjawîl y del ejército de Safad, se habían envalentonado.

- Buscadme unos sacos -dijo Baïbars-, y si queréis alquilármelos, de acuerdo, os los pagaré.

Algunos se marcharon y volvieron con unos costales que ya habían debido ser utilizados por tres tribus de beduinos: los Beni casca-todo, los Beni enmierda-todo y los Beni revienta-todo. Hay gente que podría llamar a aquellos sacos, pero los ángeles del Misericordioso dirían:

- ¡Que Dios nos guarde! esas piltrafas solo servirían para trapos o quemarlos.

Se pusieron a remendarlos lo mejor que pudieron y se los arrojaron. El medidor se puso de nuevo a su tarea y cada vez que llegaba a cinco, anunciaba diez. El muy pícaro contaba en la lengua de los francos.

- ¿Pero qué forma es esa de contar? –exclamó Baïbars- ¡qué curioso que tú no cuentes mi parte igual que la vuestra!

- Eh, tú, bocazas -dijo Aznito-, si no te gusta mi forma de medir, no tienes más que hacerlo tú mismo.

Aznito arrojó el recipiente de medir el grano al suelo y se apartó a un lado ofendido, cual mono abofeteado por su amo. Ante esta actitud, Baïbars recogió el recipiente, lo alzó y le propinó a Aznito un golpe tan violento en la cabeza, que se la partió en dos y los sesos se le desparramaron por el cuello -tal es la maldición de Dios sobre los infieles-

Y prosiguió el narrador:

Aznito se quedó tendido en el suelo para no levantarse nunca más, la muerte se lo llevó, y Dios se apresuró a arrojar su alma al fuego –¡triste jornada!

Cuando el hijo del Sire vio que su primo Aznito, el medidor, había muerto, se le nubló la vista, bufó, rugió, le rechinaron los dientes y gritó a Baïbars:

- ¡Hijo de puta! ¿Tanta prisa te corría por asesinar?

Luego, desenvainando su sable, se lanzó sobre Baïbars para matarle. Los compañeros de Baïbars se interpusieron y le rodearon. Cuando los patricios vieron al hijo de su rey en manos de los musulmanes, creyeron que iban a matarlo. Entonces, desenvainaron sus espadas y pasaron al ataque invocando a Juan, a María y a la venerada cruz. El ejército de Baïbars contraatacó, y la afilada espada se abatió sobre las jóvenes nuca, golpeando a diestro y siniestro. Las tropas que

Baïbars había reclutado en Damasco pusieron pies en polvorosa y huyeron. Pero Ahmad, hijo de El-Aqwâssî y sus cinco compañeros gritaron:

- ¡Aquí estamos, Baïbars, no te preocupes!

Se lanzaron contra la tropa de Aksibo y aunque los sables se pusieron a cantar sobre el cuello de los francos, estos eran numerosos y lo que es peor, los habitantes de la aldea se pusieron de su parte, y hasta las mujeres les arrojaban piedras.

Baïbars y su gente se encontraban en una posición comprometida, y ya estaban a punto de sucumbir, cuando de pronto, una nube de polvo se elevó oscureciendo el horizonte. La polvareda se disipó y dejó paso al resplandor de las cotas de malla y al centelleo de los cascos de innumerables caballeros, precedidos por dos estandartes que ondeaban al viento. Eran mil caballeros con armaduras de hierro, capitaneados por dos feroces leones; el primero era Hasan El-Horânî, y el segundo, Dibl Al-Baysânî. Cuando estaban cerca de la revuelta, gritaron a sus hombres:

- ¡Qué suerte, oh, leones de leña! –pero su leña era el veneno de la muerte.

Se abalanzaron sobre el ala derecha, penetraron en el centro y atravesaron los flancos, y en una o dos horas no quedaba ni un alma viva en el bando de los francos. Sólo se salvaron aquellos infieles a los que Dios había concedido larga vida y habían huido a tiempo.

Los musulmanes recogieron los caballos abandonados y las armas dispersas, y luego volvieron hasta el pabellón de Baïbars. Cuando fueron a echar pie a tierra, Hasan El-Horânî preguntó a Ahmad, hijo de El-Aqwâssî:

- ¿Dónde está el *jawand* Baïbars?

- No lo sé, capitán, y no le he vuelto a ver desde que llegasteis.

- Muchachos, partamos a buscar al *jawand* -dijo Hasan a Dibl.

Mientras estaban hablando, apareció Baïbars arrastrando a Aksibo, hijo de Sire Sarjawîl, maniatado, descalzo y con la cabeza destrozada. Y es que, en el mismo momento en que entraron los fidawis en combate para poner en fuga al ejército franco, el primero en salir corriendo fue Aksibo. Baïbars, al darse cuenta, le persiguió gritando:

- ¿Adónde crees que vas, miserable?

Y Baïbars, que se había lanzado sobre Aksibo como un gavilán sobre su presa, le golpeó con su maza y lo echó por tierra; le amarró bien amarrado y le condujo en aquel lastimoso estado hasta el pabellón. Cuando Hasan y Dibl vieron a Baïbars, le recibieron como la tierra sedienta acoge a una tormenta, y exclamaron:

- Bienvenido, bienvenido, ¿de qué va esta refriega, *jawand*?

Baïbars les contó lo que había pasado, y cómo las gentes de El-Sanamên se habían portado con él, luego les dijo:

- Que Dios os haga prosperar, pero decidme, ¿qué es lo que os ha traído hasta aquí en esta buena hora?

- Pues, por Dios, *jawand* -respondió Hasan El-Horânî-; estaba yo en casa de mi hermano Dibl para tratar algunos asuntos, cuando decidimos ir juntos hasta El-Kisweh. En el camino, divisamos la batalla y preguntamos a alguien que nos dijo: “Es el *jawand* Baïbars que está combatiendo contra Aksibo, hijo de Sarjawîl”. Entonces temimos que los infieles, adoradores de la cruz, te hicieran algún daño, así es que vinimos a reunirnos contigo. Pero antes habíamos preguntado por ti y nos habían dicho que estabas en Damasco, en casa de Dama Fâtme, hija de El-Aqwâssî. Y ahora, tenemos una buena nueva para ti: Serás rey de Egipto y de Siria y de todos los países del Islam. Bajo tu reinado nosotros obtendremos gloria y poder; eso es lo que con claridad nos ha predicho la profecía.

- A mí me llaman Hasan El-Horânî, y éste es mi hermano, Dibl El-Baysânî, capitán del Ghor y de Baysan.

Baïbars les dio la bienvenida, les saludó con las mejores formas, después de darles las gracias por lo que habían hecho. Y como la comida ya estaba preparada, extendieron los manteles, comieron hasta saciarse, ensalzaron al Creador, el Altísimo, y después de tomar el café, Hasan El-Horânî se volvió hacia Baïbars y le dijo:

- Es extraño, *jawand*, que te hayas hermanado con todo el mundo menos conmigo. ¡Concluyamos este pacto ante Dios!

- Tu propuesta es bienvenida y yo seré feliz con ese hermanamiento.

Al momento, Hasan El-Horânî llamó a uno de sus hombres y le dijo:

- Tráeme a cuatro ancianos del pueblo de El-Sanamên.

- Escucho y obedezco, capitán.

Poco después llegó con los cuatro ancianos y los hizo comparecer ante Hasan El-Horânî. Pero tenían tanto miedo que estaban como hojas temblorosas, y El-Horânî les dijo:

- ¡Miserables, malditos traidores!, ¿qué os ha empujado a conspirar contra el *jawand* Baïbars y a pactar con los cristianos, enemigos de la religión?! [...]

[Sarjawîl, furioso por la muerte de su hijo, reclama la cabeza de Baïbars a Sharaf El-Dîn; éste, como es lógico, no cabe en sí de gozo, pero teme comprometerse entregando abiertamente al enemigo a un correligionario. De modo que los dos compadres se compinchan para tenderle una trampa: Sarjawîl irá a Damasco y lo sitiara, y Sharaf El-Dîn, con la excusa de organizar una salida, enviará a Baïbars y a sus compañeros, y luego les cerrará las puertas. La estratagema tiene éxito: Baïbars se halla aislado, en compañía de un puñado de hombres frente al ejército enemigo. Pero gracias a los trucos que le enseñó Asef, consigue volver a entrar en la ciudad perforando la muralla, luego, al llegar la noche, penetra en el campamento enemigo y se lleva a Sarjawîl, después de haberle drogado. Y a la mañana siguiente, Solimán el Búfalo, que casualmente pasaba por allí, vence por completo al ejército enemigo. Al verse en tan mala situación, el rey franco negocia su liberación, cediendo a cambio su pabellón real, una obra maestra célebre en toda la región; luego, levanta el campamento y se da a la fuga sin preocuparse de los demás.

Baïbars, después de hacer una entrada triunfal en la ciudad, inflige una afrenta públicamente a Sharaf El-Dîn, al reprocharle amargamente su falsedad. Furioso, el gobernador hace que uno de sus hombres secuestre en secreto a Baïbars y lo mantiene preso en su palacio. Pero Dama Fâtme, que alberga sus sospechas, manda avisar a Solimán El Búfalo y a los fidawis de Ma'arra, que se introducen en el palacio de Sharaf El-Dîn y le obligan a liberar a Baïbars.

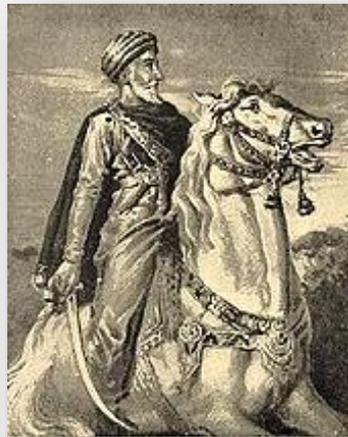
Mientras tanto, el visir Najm El-Dîn, cuñado de la Dama Fâtme, llega a Damasco, enviado en misión oficial por el rey El-Sâleh. En un principio, anda receloso con Baïbars por culpa de las calumnias de Sharaf El-Dîn, pero rápidamente termina encantado al comprobar las cualidades de ese joven, y al descubrir que ese muchacho no es sino el mameluco destinado al servicio personal del rey, decide llevárselo con él al Cairo.]



**Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado
“El honor de El-Horânî”**

En él se refiere la salida de Baïbars de Damasco y su viaje hacia El Cairo, acompañado del visir del rey Sâleh, Najm El-Dîn El-Bunduqdârî. También se nos narra de cómo Baïbars, en el camino, se reencuentra con el capitán Hassan El-Horânî, del clan de los fidawis, que estaba intentando enterrar vivo a su hijo, acusándole del peor de los males y de haberle deshonrado a él y a su familia.

Próximamente en www.archivodelafrontera.com



16.- “El honor de El-Horânî”